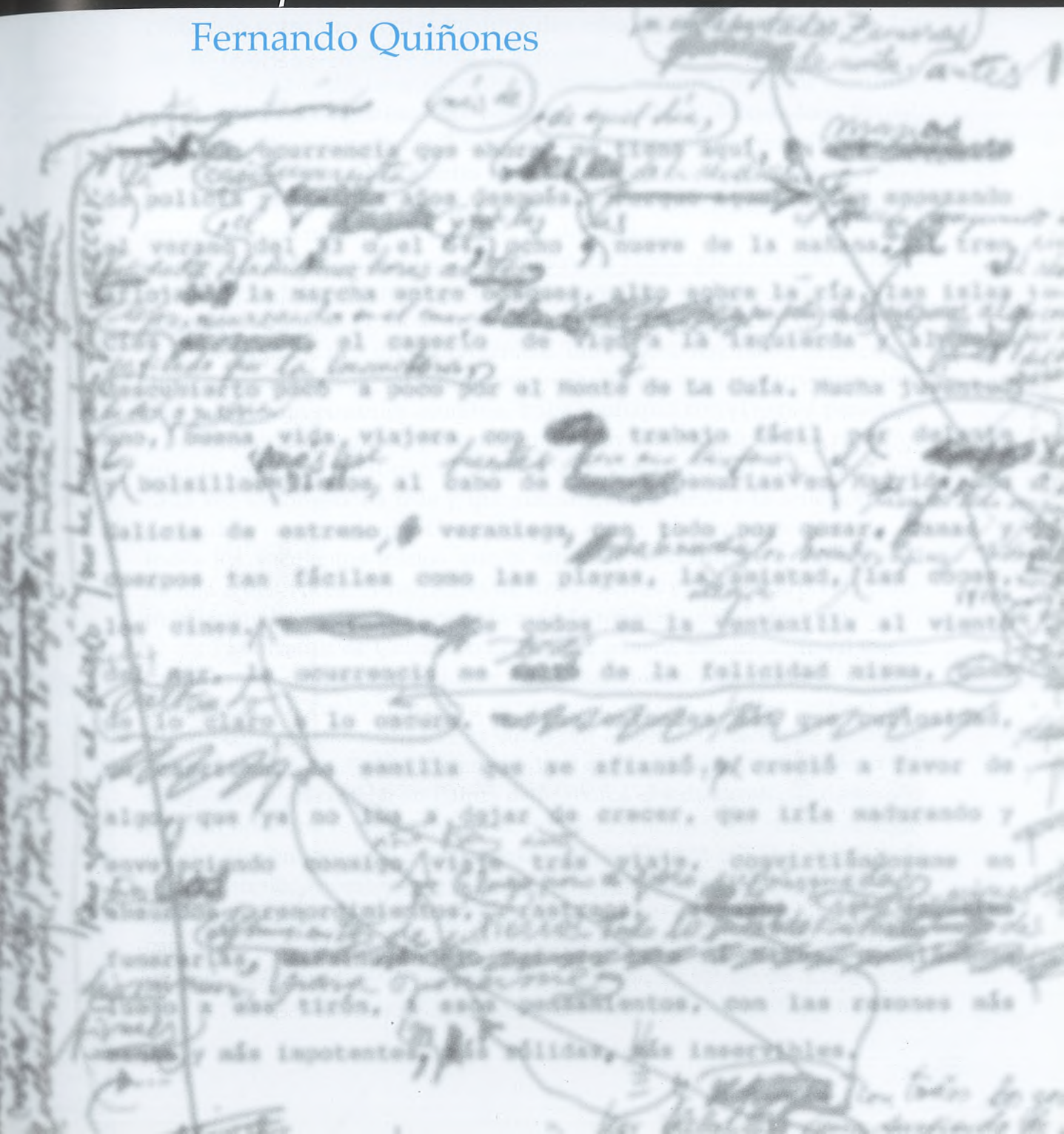
Páginas de la novela inédita

Culpable o *El ala de la sombra*

Fernando Quiñones



INÉDITOS DE FERNANDO QUIÑONES

Fernando Quiñones, que falleció en Cádiz el 17 de noviembre de 1998, dejó entre sus escritos inéditos dos esbozos de novelas tituladas *Los ojos del tiempo* y *Culpable* o *El ala de la sombra*.

En *Los ojos del tiempo*, donde no aparece ninguna fecha de escritura, su principal protagonista, un pescador llamado el Nono -loco venial, monomaniático y analfabeto- se empeña en que toda la historia discurre delante de sus ojos. En distintas ocasiones y siempre en la gaditana playa de La Caleta, como si viajara en una inverosímil máquina del tiempo, es capaz de contemplar diversas épocas de la ciudad. El contenido de sus visiones no guarda un orden cronológico, de modo que lo mismo se refiere a la legendaria Atlántida y sus pobladores que al Cádiz romano, a instantes de Alfonso X el Sabio que a la batalla de Trafalgar, a un carnaval del siglo XVIII que a una procesión fenicia. Tan curioso fenómeno despierta el interés de un escritor –tal vez el propio Quiñones- que, tras una incredulidad inicial y un posterior asombro, traba confianza con el genial personaje y se convierte durante un verano en su más fiel confidente. El narrador guarda con celo, igual que el propio Nono, el secreto de dicho don, que cada vez les obsesiona más y que finalmente les lleva a la reflexión más detenida y sorprendente. Grabadora en mano, el escritor toma nota de todos los suculentos relatos que el singular pescador desgrana en esta novela a dos voces: la narración de unos hechos y unos intérpretes construidos con las materias primas de más de treinta siglos de historia.

El borrador de *Culpable* o *El ala de la sombra*, estructurado en nueve capítulos, lo componen 45 folios mecanografiados por una sola cara, la mayoría de los cuales, igual que ocurre en la novela anterior, están plagados de correcciones realizadas a mano por el autor. La fecha de escritura, según se indica en algunas hojas, ronda el verano de 1994, señalando incluso Quiñones que estaba en Palma de Mallorca el 4 de agosto de dicho año cuando hizo una revisión de lo escrito hasta entonces. En cuanto al argumento, gira en torno del protagonista Damián Oguiza –alto funcionario de un Ministerio y hombre conocido por sus actividades políticas y mediáticas- quien narra, desde la comisaria en la que se encuentra detenido, las causas y visicitudes de su situación, atribuidas, al parecer, a las sospechas de que pudiera estar implicado en la muerte de un joven: Pedro Luis Riayos García, con el que se supone mantuvo relaciones homosexuales.

Una imputación ésta que el propio protagonista niega, pero que se justifica, al menos como sospecha, por su extraña y enfermiza obsesión, sobre todo estando de viaje ministerial, con las muertes de desconocidas víctimas - el caso del joven Riayos lo fue por una sobredosis de droga -, hasta el punto de asistir a esos sepelios por un impulso morboso. Un argumento, como se ve, que tiene muchos ingredientes de thriller sicológico.

Agradecemos a Nadia Consolani, viuda de Fernando Quiñones, la posibilidad de acceder a estos escritos inéditos, así como su autorización para publicar algunos fragmentos, que nos hemos permitido ejemplificar en el capítulo II de *Culpable* o *El ala de la sombra* por ser uno de los pasajes donde se advierten menos vacilaciones de escritura.

Ilustra, Fernando Quiñones

CULPABLE O *EL ALA DE LA SOMBRA*

CAPÍTULO II

CONTRA lo que esperaba, el desayuno que me trajeron hace un rato ha sido bueno. No me lo esperaba ni malo y me resultó de cafetería de postín o casi, con sus cubiertos de inoxidable o metal bueno, plata no creo, su zumo de naranja natural, su mantequilla holandesa, la mermelada, como el café, de primera; sigo agradeciéndolo, porque es mucho hueco mi hueco de estómago por las mañanas y, si no lo lleno, voy fatal.

El zumo de naranja natural en el bar del Ministerio y el escándalo. El tiempo de [¿?] a la cárcel.

Eso sí que habría que pararlo. Ya va a ser bastante lo de

DAMIÁN OGUIZA, PRESO.

Ya va a ser bastante con que corran esas tres palabras. Por más que luego se maquillen y se compongan las cosas, el daño queda hecho. Y éste, además, con su salsa sensacionalista de lo más sabrosa: alto funcionario maricón implicado en muerte de joven. Que por ahí va a ir lo mío, seguro. Y por eso estoy aquí.

Así que esta detención tendría que no trascender (¿y cómo?), tendría que no salir de estas cuatro paredes si se está a tiempo, si la información local de sucesos no ha metido ya la nariz, como la debe haber metido. Si lo hizo, ya veremos qué dice Ramón; pero para mí no sé si es peor negarlo, querer echarle tierra encima como se hace...bueno...como hacemos en el Ministerio con tantas cosas, tanta mentira impuesta y burda como las que odiamos antes...Ahora surgen dos protestas, dos gritos, ¿y qué? No pasa nada; basta con esperar a que se apaguen: nadie los sigue ni ya se oyen otros. Lo mejor, a lo mío, sería quitarle hierro, no sé, convertirlo con desenfado en una anécdota molesta pero incluso simpática, en la historia de un error desafortunado y nada más, puedo quedar como el pobre héroe de esas películas ya antigüitas en las que, por una tontería, se involucraba a alguien en algo mucho más gordo: por ahí debe encaminar Ramón la cosa. Creo.

Pero daño va a quedar. Queda. Queda siempre.

Y es que mi historia de verdad, como todo lo que no tiene pies ni cabeza –y esto no lo tiene-, tampoco creo que sirva para convencer a nadie.

Si se escribiera, ni a un solo lector, y a Lina, menos. A lo mejor por eso no he hecho nada nunca en contra, y en serio no he tratado de resistirme, y ya era hora de que me agarraran, ahora sí. Antes, que yo me acuerde, hubiera sido más difícil. Pero lo de este muchacho se prestaba. Mucho más que lo de Toulouse, aunque aquello fue lo que más cerca estuvo de esto, de que me echaran mano, ahora me doy cuenta; lo que pasa es que se van los días, se echa encima esto o aquello, y se te olvida.

No solamente en Toulouse: ya lo había visto acercárseme otras veces. Y por eso fue pareciéndome ya no posible, sino irremediable, que esto ocurriera antes o después. ¿Hasta ha sido un alivio, quién sabe en qué repliegue de uno? Lo que ni se me pasó por la cabeza es que el tropezón, el desastre, fueran a echárseme encima no por ahí, sino aquí en casa. En España.

Lo de Toulouse sí que me comprometió, ¿dos años hará, tres? Hay que ver cómo me miraban y se hablaban aquellos franceses que llegaron a alarmarme tanto, a ponerme en fuga sin que se me notara la prisa. Pero nada. Al final, nada.

Allí fue una mujer...¿cómo era?...ah, sí, Denise Leverteaux. Setenta y dos años.

Y ayer, aquí en Castellón, el del tropiezo. Pedro Luis Riayos García. Veintitrés.

Casi un adolescente.

No había más que verlo en la foto pequeña de la esquela, en el periódico. Guapo chaval. Una cara como para meter a su familia en sospecha de un lío feo, no ya conmigo sino hasta con los propios Santos Inocentes, si los hubieran visto rondarlo.

Pero de nada sirve que eso se me ocurra ahora y no cuando estaba a tiempo, acorralado otra vez por el morbo y la compasión. Cuando me arriesgaba, paso a paso, como los de un animal decidido y desconfiado, medio temiendo y medio disfrutando el riesgo mismo, como siempre, el masoquismo gustoso del peligro llenándome mientras merodeaba, a mediodía de ayer, la casa y el portal del velatorio. Porque, cosa rara hoy en día, el chico acabó en su casa. No en un hospital. Yo me pregunto qué debió ocurrir para que eso fuera así. Pero sería lo último que le preguntara a éstos, no fueran a pensar que me hacía el gran inocentón. Porque eso de andar rondando al muerto ya era algo, o bastante, pero es que luego me pasé. Me pasé pero bien: el más listo enceguece, sostiene la más grande sinrazón, la lleva hasta el final. Cómo es posible que, apenas ponerse el entie-

rro en marcha, volviera yo sobre mis pasos para tomar un taxi en la parada de la otra esquina y seguirlo, tan a la vista de todos, vacía de gente como estaba la plaza menos la acera del coche fúnebre y el sepelio; cómo es posible que hiciera eso sin reparar en si se fijaban en mí o no, ni en la aparente, neutral indiferencia de los taxistas que, al revés, tienen veinte ojos y oídos. Cómo pude ordenarle al mío que fuera detrás del entierro ("pero a cierta distancia, ni cerca ni lejos", le dije exactamente al taxista), sin desclavar mis ojos del coche fúnebre hasta no vernos ya casi en las afueras, camino del cementerio, y solamente entonces pedirle al hombre, incluso con cierta premura, que echara para atrás y me dejara en la plaza otra vez, en los jardines esos junto a mi hotel.

Y creo que fue él, cómo no, el taxista, uno de los tres que me identificaron ayer noche aquí en Comisaría, aunque a ninguno de los tres testigos pudiera verlo de lleno, allí en la sombra ellos, por el lado de aquellos armarios, y yo aquí mismo con un foco encima.

Me pasé con lo del taxi, pero me pasé antes con lo del muchacho mismo, atreverme después de todo a rondar un chico tan llamativo, tan vistoso, por fuerte que sea mi tirón... mi costumbre. Decirle "mi costumbre" me suena a sarcasmo, o más bien a humor negro.

Y, a fin de cuentas, ¿me sirvió de gran cosa dominar lo único que pude dominar?: la apetencia de subir a su casa a verlo muerto. El deseo inmenso de subir con y entre los demás, poniendo por delante si hacía falta algún pretexto bien pensado de los que ya he echado mano: hasta de alguno medio beatón, aunque creíble todavía, de promesas o de atenciones con los difuntos, como si aún pintaran algo en este país las siniestras cofradías funerarias del siniestro siglo diecisiete. Aquellas con unas historias en las que mi madre se refocilaba y echaba a temblar, como la de la muerta que se deshizo en polvo mientras la llevaban entre hachones o la de los tres perros negros mortificando en su agonía a un caballero mal confesado. Esas cosas que mi madre me contaba como reviviéndolas, de ocho años yo o de nueve.

Trabajo me costó. No subí porque adiviné peligro. Lo miré, lo remiré, pero no subí con los demás al piso de Pedro, Pedro Luis Riayos, esa casa antigua de tres plantas donde lo velaban. De nada me valió, ni tampoco me sirvió sofocar las ganas de entrar en el cementerio mismo, como entré en el de Toulouse.

Pero no sabría, no supe retirarme a tiempo.

Tan atrapado me tiene ya esa otra manía de ver *después* qué ha sido de ellos, y tan gastada está la frasecita, luego de su arrastre por diez mil películas y novelas, que me llego a olvidar de que la gente, cualquiera de quienes lo oyeran, sigue creyendo que el asesino siempre vuelve al lugar del crimen, allí donde está su culpa. Y quizá lo creen porque es verdad.

Pero qué estoy diciendo, si ni le toqué...

Si yo no le he tocado a nadie...